



**LAS**

**BUENAS**



LA HISTORIA REAL DE LAS MUJERES QUE SE  
ENFRENTARON A LA MAFIA MÁS PODEROSA

**MADRES**

**ALEX PERRY**

*Ariel*

Alex Perry

# Las buenas madres

La historia real de las mujeres que se enfrentaron  
a la mafia más poderosa

Traducción de Juanjo Estrella

*Ariel*

Título original: *The Good Mothers*

Primera edición: enero de 2019

Publicado originalmente por William Collins

© 2018, Alex-Perry.com Ltd.

© 2019, Juanjo Estrella, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo  
y propiedad de la traducción:

© 2019, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2952-9

Depósito legal: B. 27.568-2018

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Índice

<i>Mapas</i> .....	11
--------------------	----

### PRIMER ACTO DESAPARICIÓN EN MILÁN

I .....	15
II .....	29
III .....	39
IV .....	55
V .....	61
VI .....	81
VII .....	99
VIII .....	115

### SEGUNDO ACTO REBELIÓN EN ROSARNO

IX .....	135
X .....	151
XI .....	161
XII .....	169
XIII .....	177
XIV .....	181
XV .....	193
XVI .....	205
XVII .....	219



TERCER ACTO  
ITALIA DESPIERTA

XVIII .....	237
XIX .....	243
XX .....	249
XXI .....	259
XXII .....	271
XXIII .....	285
XXIV .....	299
XXV .....	317
XXVI .....	327
<i>Agradecimientos</i> .....	341
<i>Notas</i> .....	347
<i>Índice alfabético</i> .....	367

## I

El símbolo de Milán es una serpiente gigante devorando a un niño que grita.<sup>1</sup> La ciudad más importante del norte de Italia cuenta con otros emblemas venerados: un oso peludo, una virgen de oro y, más recientemente, los logotipos de los diseñadores que hacen de Milán la capital mundial de la moda. Pero, con ochocientos años de existencia, la imagen del sinuoso reptil hundiendo los dientes en el cuerpo retorcido y empapado en sangre de un niño sigue siendo el emblema más popular, y aparece en banderas y bajorrelieves de los muros de la ciudad, en la insignia de Alfa Romeo y en la camiseta del Inter de Milán. Se trata de un estandarte amenazador, algo que resulta extraño en el caso de un pueblo que suele asociarse con la familia y la comida, y también algo tosco, lo que resulta no menos extraño en el caso de una ciudad cuyas cotas artísticas alcanzan las alturas sublimes de *La última cena* de Leonardo da Vinci. De hecho, los milaneses, en su mayoría, ignoran cuál es su significado, aunque en momentos de franqueza algunos confiesan que, según sus sospechas, la imagen en cuestión ha sobrevivido porque arroja luz sobre una verdad oscura que subyace en el corazón de su ciudad: que el dinamismo y los éxitos por los que es conocida dependen, entre otras cosas, de a quién esté dispuesta a destruir.

En los cuatro días que pasó en Milán a finales de noviembre de 2009, antes de que su padre matara a su madre

y después borrarla de la faz de la tierra cualquier rastro de ella, Denise Cosco pudo llegar a creer que su familia había dejado atrás su propia oscuridad. Ella tenía diecisiete años. Su madre, Lea Garofalo, treinta y cinco, y era la hija de un mafioso. Su padre era Carlo Cosco, un traficante de cocaína de treinta y nueve. Lea se había casado con Carlo a los diecisiete, había visto cómo su marido y el hermano de este mataban a un hombre a los veintiuno, y con apenas un año más había ayudado a enviarlo a la cárcel milanesa de San Vittore. Denise se había criado con su madre en fuga. Durante seis años, entre 1996 y 2002, Lea se había ocultado junto con su hija en las callejuelas estrechas y sinuosas de la ciudad medieval de Bérgamo, a los pies de los Alpes. Lea lo convirtió todo en un juego (dos chicas meridionales ocultándose en aquel norte tan gris), y con el tiempo las dos lo fueron todo la una para la otra. Cuando paseaban por las calles empedradas de Bérgamo, delicadas y menudas, cogidas de la mano, pasándose el pelo rizado por detrás de las orejas, la gente las tomaba por hermanas.

Una noche, en el año 2000, Lea estaba mirando por una ventana y vio que su viejo Fiat estaba en llamas. En 2002, después de que le robaran la moto y se incendiara el portal de su casa, le dijo a Denise que optaría por un juego nuevo, y, cogiendo de la mano a su hija de diez años, se fueron a la comisaría de los *carabinieri*, donde, para estupor del agente que se encontraba en recepción, anunció que testificaría contra la mafia a cambio de recibir protección como testigo. Entre 2002 y 2008, madre e hija habían vivido en viviendas custodiadas por el gobierno. Los últimos ocho meses, por motivos que Denise solo comprendía en parte, volvían a vivir sin protección. En tres ocasiones, los hombres de Carlo habían dado con ellas, y las tres veces Lea y Denise habían escapado. Pero en la primavera de 2009 Lea estaba agotada, sin dinero, y le dijo a Denise que solo les quedaban dos opciones: o, no sabía cómo, conseguían el dinero suficiente para viajar a Australia, o Lea tenía que hacer las paces con Carlo.

Si bien ninguna de las dos cosas parecía probable, la reconciliación con Carlo era al menos posible. El Estado había renunciado a su empeño de condenarlo sobre la base de las pruebas aportadas por Lea y, por más que aquello le causaba indignación, también implicaba que ella ya no suponía una amenaza para él. En abril de 2009 envió un mensaje a su marido en el que le decía que debían perdonar y olvidar, y aparentemente Carlo se mostró de acuerdo. Las amenazas cesaron y no hubo más coches quemados. Carlo empezó a llevarse a Denise de viaje por la tierra de sus orígenes, Calabria. Una noche de septiembre llegó incluso a proponerle a Lea que quedaran los dos, y se fueron en coche por la costa y hablaron hasta el amanecer del verano en que se conocieron, hacía ya muchos años.

Por eso, cuando en noviembre de 2009 Carlo invitó a su mujer y a su hija a pasar unos días con él en Milán, y Denise, cubriendo el teléfono con la mano, aguardaba una respuesta de su madre, Lea se encogió de hombros y dijo: «Está bien». Lo convertirían en una escapada breve. Los recuerdos que Lea tenía de Milán en invierno eran los de una ciudad fría y deprimente. Los árboles eran como relámpagos negros recortándose contra el cielo; las ráfagas de viento descendían como aludes sobre las calles y arrastraban pequeños monzones de lluvia gélida sobre la gente. Pero a Denise le encantarían las tiendas de Milán, y Carlo y Lea tenían que hablar sobre el futuro de su hija. Además, desde el verano Lea volvía a pensar en su marido. Hacía veinte años, él le había rodeado la cara con aquellas manos suyas de gorila y le había prometido que la alejaría de la mafia y de todas las matanzas, y Lea se lo había creído, sobre todo porque él mismo parecía creérselo. Lea llevaba aún una pulsera y un collar de oro que Carlo le había regalado en aquella época. Tampoco había duda de que él quería a su hija. Lea pensó que tal vez Denise tuviera razón. Quizá los tres pudieran empezar de nuevo. La idea de que la amabilidad de Carlo pudiera formar parte de un plan elaborado para pillarla con

la guardia baja era demasiado descabellada; había maneras más fáciles de matar a alguien.

Desde el principio, Lea Garofalo desbancaba en todo a Carlo Cosco. Él se había ganado su posición en los clanes, pero Lea había nacido princesa de la mafia. Era una Garofalo de Pagliarelle, venida al mundo en el seno de la aristocracia de la 'Ndrangheta. Carlo era ancho de espaldas y guapo como un oso, pero Lea era más refinada, y a su elegancia natural contribuían aquellos pómulos prominentes, su delgadez y el pelo largo, rizado, moreno. El vacilante dominio del italiano de Carlo y su manera de ser, discreta y taciturna, se ponían de relieve más aún cuando estaba con Lea, que hablaba con la sofisticación de una norteña y la pasión de una sureña, y en apenas cinco minutos era capaz de reírse, discutir y llorar. En cualquier otro mundo, lo normal habría sido que pocos años después de contraer matrimonio ella hubiera abandonado a Carlo y no hubiera vuelto nunca la vista atrás.

Al menos él hacía esfuerzos por no alardear, pensó Lea. Hizo que un amigo les hiciera llegar cien euros para adquirir los billetes de tren a Milán. Cuando Lea y Denise llegaron a la estación central, el monumento mussoliniano de cristal y cemento a la gloria del orden y el poder del norte, Carlo en persona fue a recogerlas en un Audi negro y las llevó al hotel Losanna, un establecimiento cómodo situado en una calle tranquila a solo una travesía de Corso Sempione, el equivalente milanés a los Campos Elíseos de París, cerca del que había sido su apartamento familiar de Viale Montello. Y, durante los cuatro días siguientes, Carlo se negó incluso a hablar del pasado. No hizo mención alguna de la 'Ndrangheta, ni de que Lea había roto la *omertà*, la ley del silencio, ni de que al hacerlo había estado a punto de destruir todo por lo que él y sus hermanos habían trabajado. Según Denise, los tres disfrutaron de unas minivacaciones «tranquilas y agradables», una de esas escapadas familiares que



ellos no habían vivido nunca. Los concesionarios de Ferrari y las tiendas de Armani estaban a años luz de los pastos de cabras de Calabria, y Carlo parecía feliz de que su mujer y su hija pudieran divertirse. Con el abrigo puesto sobre los hombros a modo de capa, al estilo de Milán, acompañado de Lea y Denise, que iban con sus vaqueros y sus gruesos plumones, los tres recorrían los canales y las plazas adoquinadas, comían *pizza* y *cannoli* y admiraban los escaparates de la decimonónica galería comercial que quedaba frente al gótico y recargado Duomo. Carlo lo pagaba todo: la ropa que compraba Denise, las cenas para los tres, los cafés y los *gelati*. Llegó incluso a reservar hora para que las dos mujeres se arreglaran las cejas en un salón de belleza de su amigo Massimo. Y como Lea se había quedado sin hachís, Carlo llamó a un primo suyo, Carmine, y se aseguró de que ella no tuviera que pagarle nada.

No todo fue perfecto, claro. Denise estaba empeñada en alimentar su adicción adolescente por los cigarrillos, así como su aversión a la calórica comida italiana. Era la segunda vez en trece años que Carlo veía a su mujer y a su hija juntas, y al darse cuenta de lo parecidas que eran no pudo evitar retroceder casi dos decenios en el tiempo hasta el día en que una Lea de dieciséis años se fugó con él a Milán. Ella, por su parte, hacía esfuerzos por mantener las formas. Le había pedido a Carlo que no le dijera a nadie que estaba en Milán, pero él ya se había adelantado y le había presentado a Massimo y a Carmine, y este, entre otras cosas, parecía ser algo más que un simple amigo de Carlo. Además, Lea tenía la sensación constante de que los seguían.

Durante aquellos días, la madre de Denise se descubrió regresando a un antiguo vicio. Desde hacía bastante tiempo necesitaba fumarse uno o dos porros para conciliar el sueño por la noche y, como atestiguaban las colillas que la joven encontraba en su habitación, ahora también los fumaba constantemente durante el día. No había nada malo en querer dormir y estar tranquila, por supuesto, cosas que por

otra parte eran bienes escasos para Lea. Pero era inevitable preguntarse si era sensato colocarse teniendo cerca a Carlo, un mafioso que se había pasado los últimos trece años persiguiéndola por toda Italia intentando matarla.

Aun así, el viaje había resultado mejor de lo que Lea tal vez temía. En un primer momento le había pedido a Denise que estuviera con ella en presencia de Carlo porque, según declaró la joven, «si yo estaba allí, a ella no le pasaría nada». Sin embargo, transcurrido poco tiempo Lea ya se sentía lo bastante segura como para aceptar quedarse a solas con su marido. La noche del 23 de noviembre Denise se acostó temprano, y Lea y Carlo salieron a cenar solos. Si los años habían tensado los nervios de ella, el tiempo parecía haber relajado los de él. Se había convertido en una especie de tonel de orejas gruesas, cabeza casi rapada y nariz de boxeador, pero se mostraba amable y atento. Cuando Lea le comentó que Denise tenía intención de estudiar en la Universidad de Milán, Carlo se ofreció a ocuparse de ella. Y cuando propuso reservar doscientos mil dólares para los gastos de su hija y ella lo regañó por haber gastado miles de dólares intentando localizarlas («y total para nada, porque siempre llegabas tarde»), Carlo, cosa rara en él, se tomó bien la ofensa. Tras pagar la cuenta, llevó a Lea a dar una vuelta en coche por la ciudad. La pareja recorría las calles vacías en silencio, admirando las vistas en mutua compañía. Carlo parecía tan distraído que llegó a saltarse un semáforo en rojo, para regocijo de Lea, que asistió a la escena en la que un mafioso corpulento maniobraba para que le retiraran la multa.

Según Denise, al verlos juntos aquellos días —Lea fumando y riéndose, Carlo frotándose su cuello de matón y cambiando el ceño fruncido por una sonrisa— se notaba que habían estado enamorados. Y hasta era posible creer que tal vez volvieran a estar juntos los tres. «De hecho, comíamos los tres juntos, como una familia», diría más tarde Denise. Carlo «nos demostraba lo amable y atento que era». Y no había duda de que Lea todavía conservaba lo que había te-

nido. Aun sin un céntimo en el bolsillo, y a pesar de todo lo que le había ocurrido, su madre seguía siendo un espíritu hermoso y único, un duendecillo del bosque calabrés con la misma pureza que en su día la hacía destacar sobre las demás chicas de Pagliarelle, hacía tantos años. Denise estaba segura de que Carlo tenía que estar enamorándose de Lea otra vez. «En ningún momento desconfié de mi padre», dijo.

El último día de Lea y Denise en Milán fue el 24 de noviembre de 2009. Las dos mujeres pensaban tomar el tren nocturno que salía a las 23.30 con destino a Calabria. En su habitación del Losanna, Lea y Denise hacían el equipaje. Para ayudarles a llevar las maletas a la estación, Carlo llegó en un gran Chrysler gris que le había pedido prestado a un amigo.

Mientras cargaba el maletero, Carlo le preguntó a Denise si le gustaría cenar esa noche con sus primos: con tío Giuseppe, tía Renata y sus dos hijos, Domenico, de dieciocho años, y Andrea, de quince. Según su padre, Denise debía aprovechar las ocasiones en las que podía compartir tiempo con la familia. Además, si Lea y él se quedaban un rato a solas, podrían acabar de tratar algunos asuntos.

Denise aceptó. Lea y ella se fueron a pie hasta el centro para realizar unas últimas compras. El cielo estaba encapotado, la temperatura rondaba los cero grados y un frío húmedo rebotaba de los edificios de granito. Unas cámaras de seguridad, posteriormente, mostrarían a Lea con una chaqueta gruesa de color blanco, la capucha levantada y una mochila a la espalda. Madre e hija caminaron bajo los porches, entraron en algún café para calentarse y comieron en McDonald's, contentas de estar juntas en la ciudad y, por una vez en la vida, sin volver la vista atrás para ver si las seguía alguien.

Una hora después de que anoheciera, poco antes de las seis de la tarde, Denise llamó a Carlo. Lea y ella estaban cerca del Arco della Pace, en el Parco Sempione, que no quedaba lejos del hotel, le dijo. Minutos después, Carlo lle-

gó con el Chrysler, encendió las luces de emergencia y bajó la ventanilla para recordarle a su hija que estaba citada para cenar con sus primos. Lea no quería ir. Aunque se llevaba mejor con Carlo, no quería tener nada que ver con su familia. Carlo propuso llevar a Denise en coche y volver a buscar a Lea para cenar con ella en algún lugar tranquilo. Cuando todos hubieran cenado, Carlo y Lea recogerían a Denise y los tres se dirigirían a la estación. Las dos aceptaron.

—Nos vemos, mamá —le dijo Denise a Lea cuando se montó en el coche.

—Hasta luego —replicó Lea—. Voy a tomar algo.

Carlo llevó a Denise hasta Viale Montello, número 6, en el límite con el Barrio Chino milanés. Se trataba de un edificio grande de seis plantas con más de cien apartamentos distribuidos alrededor de un patio interior anodino que en otro tiempo había pertenecido al Ospedale Maggiore, uno de los primeros hospitales públicos de Europa cuando se inauguró en 1456. Pero el lugar se había ido deteriorando y había sido abandonado, y en la década de 1980 la 'Ndrangheta de Pagliarelle lo había adoptado como vivienda y negocio de venta de heroína y cocaína. Ahora en la planta baja había media docena de comercios chinos baratos (alimentación, lavandería, estanco), y sus persianas metálicas estaban cubiertas de grafitis. Los apartamentos acogían, en su mayoría, a inmigrantes de China, Rumanía, Albania, Polonia, Eritrea y Nigeria, inquilinos que, dada la incerteza de su situación legal, garantizaban que no eran amigos de la ley. El resto se repartía entre una docena de familias mafiosas. Carlo, Lea y Denise habían vivido en uno de aquellos pisos a principios de la década de 1990. Los hermanos mayores de Carlo, Vito y Giuseppe, seguían instalados allí con sus mujeres y sus hijos. Hasta ese lugar llegaban todos los años toneladas de cocaína y heroína antes de ser reempaquetadas y enviadas hacia el norte de Europa.

Carlo dejó a Denise con su tía Renata a las 18.30 en el bar Barbara, un café regentado por chinos de la Piazza Baiamon-

ti, al final de Viale Montello, y se fue a buscar a Lea. Denise pidió un *espresso*. Renata comentó que había minestrone y embutidos para cenar. Denise le dijo a su tía que no tenía mucha hambre, y las dos se fueron a un supermercado asiático que quedaba cerca a comprar una bandeja pequeña de sushi. Denise intentó pagar, pero Renata no la dejó.

Al volver la vista atrás, Denise diría que fue más o menos en ese momento cuando la ilusión se acabó. En la segunda planta del edificio de Viale Montello, en casa de sus primos, Denise se comió el sushi sola. Después fue a sentarse con Renata, Domenico y Andrea, que cenaban su sopa y sus embutidos delante del televisor. Lejos de la reunión familiar que le había descrito Carlo, sus primos se pasaron la noche entrando y saliendo del apartamento. Su tío Giuseppe ni siquiera estaba en casa, algo doblemente extraño, dado que ese día se disputaba un importante partido de fútbol entre el AC Milan y el FC Barcelona. Y había algo más. En ocasiones anteriores en que Denise había pasado ratos con su tía, siempre le había parecido que era una mujer celosa de su marido, al que no paraba de telefonar para saber dónde estaba, con quién, qué hacía y cuándo volvería a casa. Pero a Denise no le pasó por alto que esa noche Renata no llamó a Giuseppe ni una sola vez.

Denise, que después de años a la fuga había desarrollado un sexto sentido para aquellas cosas, empezó a sentir que algo no encajaba. Hacia las ocho llamó a su madre. El número no estaba disponible. Aquello también era raro. Lea siempre se aseguraba de tener la batería cargada. Denise le envió un mensaje de texto. Algo así como: «¿Dónde diablos estás?», según explicaría en su día durante el juicio.

El partido de fútbol empezaba a las 20.40. El Barcelona se adelantó enseguida en el marcador. Denise envió dos mensajes de texto más a su madre, que no le respondió. Renata le dijo a Denise que no pasaba nada si fumaba delante de los demás; nadie se lo diría a Carlo. Y a medida que avanzaba la noche, Denise se descubrió a sí misma fumando sin



parar. Sus primos protestaron cuando el Barcelona marcó su segundo gol justo antes del descanso. Algo después de las nueve, cuando Denise empezaba a ponerse ya muy nerviosa, Giuseppe asomó la cabeza por la puerta, se enteró del resultado del partido y de la presencia de Denise, y volvió a irse. Pocos minutos después, sonó el teléfono de la joven. Era Carlo. En unos minutos pasaría a recogerla para llevarla a la estación. Le pedía que bajara al primer piso, al apartamento de su tío Vito, y que lo esperara ahí.

Denise se despidió de sus primos y su tía repartiendo besos y bajó. Carlo no había llegado aún, así que Giuseppina, la mujer de Vito, le preparó un café. Ya eran las nueve y media, y habían pasado más de tres horas desde que Denise había sabido de su madre por última vez. Hacía esfuerzos por controlar una creciente sensación de pánico. Al cabo de un rato, apareció Vito. Detrás de él, al fondo de un pasillo, entrevió a su padre junto a la entrada de otro apartamento. Ella ni siquiera sabía que Carlo estaba en el edificio. En lugar de entrar a buscarla, estaba hablando con su hermano Giuseppe y otros dos hombres. Carlo miró a su hija y sin acercarse a ella le gritó que bajara a esperarlo en el coche. Denise bajó hasta la calle y vio el Chrysler. Lea no estaba dentro. Ya eran las diez. Cuando Carlo se montó, ella se lo preguntó enseguida:

—¿Dónde está mi madre?

—La he dejado en la esquina —respondió él—. No ha querido entrar para no encontrarse con nadie.

Carlo condujo en silencio hasta una calle que quedaba por detrás de Viale Montello. Denise lo miraba y pensó que parecía disgustado. Conducía sin apenas fijarse en la calzada. *Scossato*, declararía luego. «Agitado.»

Cuando llegaron a la esquina, Lea no estaba. Denise estaba a punto de decir algo cuando Carlo la cortó. Lea no los estaba esperando, le comentó, porque lo que había ocurrido era que le había pedido dinero y él le había dado doscientos euros; y como ella le había gritado que no era bastante, él le

había dado otros doscientos, pero ella se había largado enfadada de todos modos. No habían cenado juntos. De hecho, según le aseguró, él no había comido nada.

Carlo se quedó en silencio. Denise no dijo nada.

—Ya sabes cómo es tu madre —añadió Carlo—. No hay nada que hacer.

—¿Y dónde está mi madre ahora? —le preguntó Denise con cautela.

—No tengo ni idea —respondió Carlo.

Denise pensó que a su padre se le daba muy mal mentir. «No me lo creí ni durante una fracción de segundo —declaró—. Ni una sola palabra.» Toda aquella amabilidad de los últimos días, su caballerosidad al abrirles las puertas y al buscarles los abrigos, al llevarlas a todas partes, toda aquella comedia de gran señor milanés... Todo había desaparecido. Parecía haber vuelto el Carlo de antes, rudo, casi primitivo. Ni siquiera la miraba a la cara. Y de pronto Denise lo comprendió todo. La cena con sus primos. Las llamadas a Lea que nadie respondía. La espera interminable. La acalorada discusión entre los hombres en el apartamento de enfrente. Lea tenía razón desde el principio. Denise, que le había suplicado a su madre que fueran a Milán, se había equivocado estrepitosamente. «Lo supe —diría Denise—. Lo supe al momento.»

Denise comprendió otras dos cosas. En primer lugar, ya era demasiado tarde. Denise llevaba tres horas y media sin hablar con su madre. Lea nunca apagaba su teléfono tanto tiempo, y mucho menos sin decírselo antes a Denise. «Ya está hecho —pensó Denise—. Ha tenido tiempo.»

En segundo lugar, enfrentarse a su padre sería suicida. Si quería sobrevivir, en ese momento debía aceptar el destino de Lea y fijarlo en su mente no como algo posible o reversible, sino como algo indudable y definitivo. Y, al mismo tiempo, debía convencer a su padre de que ella no tenía ni idea de lo que había ocurrido, cuando en realidad no le cabía la menor duda. «Entendí que era muy poco lo que podía

hacer por mi madre ya —explicó Denise—. Pero no podía dejar que él lo supiera.» Internamente, Denise obligó a su mente a aceptar un callejón sin salida conjugado en pasado. «Han hecho lo que tenían que hacer —se dijo a sí misma—. Desde el principio era así como iba a terminar. Era inevitable.» Externamente se comportaba como hacía unos minutos, como la hija preocupada que buscaba a su madre desaparecida. La velocidad de los acontecimientos jugaba a su favor. Era absurdo, incluso irreal, que en un momento Denise hubiera perdido a su madre, su mejor amiga y la única persona que la había conocido de verdad. No tenía por qué fingir que hacía esfuerzos por entender. Incluso tenía la sensación de que si lo deseaba lo bastante, tal vez le devolviera la vida a Lea.

En ese estado, con Carlo en una especie de nebulosa y Denise actuando como si todavía hubiera esperanza en el mundo, padre e hija atravesaban Milán en coche. «Fuimos a todos los sitios en los que habíamos estado —contó Denise—. Donde habíamos bebido algo, donde nos habíamos comido una pizza, al hotel donde nos habíamos alojado, cerca del Parco Sempione. Fuimos a un café local, a un centro comercial, al McDonald's en el que habíamos almorzado y a la estación de tren, donde mi padre compró dos billetes, uno para mi madre y otro para mí. Recorrimos toda la ciudad. Yo no paraba de telefonar y enviar mensajes a mi madre. Y, por supuesto, no encontramos nada, no encontramos a nadie.»

Hacia las doce de la noche, cuando el tren a Calabria ya había salido, sonó el teléfono de Denise. Se sobresaltó al ver la palabra «mamá» escrita en la pantalla. Pero la voz al otro lado de la línea era de su tía Marisa, la hermana de Lea que vivía en Pagliarelle, y Denise se acordó de que le había pedido el teléfono prestado a su prima antes de viajar a Milán.

Denise se armó de valor y le explicó a Marisa que no encontraban a Lea por ninguna parte, y que acababan de perder el tren a Calabria.

—¿Sabes algo de ella? —le preguntó a su tía—. ¿Te ha llamado a ti?

Tía Marisa le contó que tenía una llamada perdida de Lea, de algún momento posterior a las 18.30, pero que desde entonces no había podido ponerse en contacto con ella. Marisa llamaba para confirmar que todo estuviera bien. Denise le reveló que el teléfono de Lea llevaba toda la noche apagado o fuera de cobertura.

—La han hecho desaparecer —le dijo Marisa a Denise así, tal cual, mientras Carlo iba a su lado en el coche, conduciendo.

«Lo dijo como si tal cosa —recordaría Denise—. Como si diera por sentado que era algo con lo que todos contábamos. Como si todos creyéramos lo mismo.»

Denise y Carlo siguieron yendo de un lado a otro hasta las 1.30. Finalmente ella dijo que ya no había más sitios donde mirar y que debían poner una denuncia en la policía. Carlo la llevó a una comisaría de los *carabinieri*. El agente que atendió a Denise le informó de que debían transcurrir cuarenta y ocho horas antes de denunciar la desaparición de alguien. Carlo estaba delante, y Denise no pudo contarle que llevaban años ocultándose precisamente del hombre que la acompañaba, así que le dio las gracias y regresaron a casa de Renata, donde su tía les abrió la puerta medio adormilada, en bata y zapatillas.

A Renata le sorprendió saber que Lea estaba en Milán.

—Hemos venido juntas —le confesó Denise—. No hemos dicho nada porque no queríamos crear problemas.

Los tres se quedaron unos instantes junto a la puerta. Denise se fijó en la ropa de su padre. No se había cambiado en toda la noche. «Lo ha hecho con esa chaqueta —pensó Denise—. Con esa camisa. Con esos zapatos.»

Carlo rompió el silencio diciendo que él seguiría buscando a Lea un rato más, y volvió al coche. Renata le dijo a Denise que podía dormir en la habitación de Andrea. Para llegar a ella, debía pasar por el dormitorio de sus tíos. «Me fijé en que

Giuseppe no estaba allí —declararía más tarde—. Pero no hice caso. Lo ignoré todo durante un año. Hacía ver que no había ocurrido nada. Trabajaba en su pizzería. Iba de vacaciones con ellos. Jugaba con sus hijos. Aunque sabía lo que habían hecho. Tenía que ir con cuidado con lo que decía. Ellos aseguraban que mi madre estaba viva, aun cuando yo llevaba más de un año sin verla. Yo actuaba como si no lo supiera. Pero lo sabía. Lo supe desde el primer momento.»